

Rutinas para construir una psicología social

Routines to build a social psychology

Juan Soto Ramírez¹

*Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
México, D.F., México.*

Resumen

Este trabajo es el resultado de la lectura de cientos de mensajes en distintos foros sobre psicología social en diversas redes sociales. Son tres los temas de discusión: 1. leer psicología social; 2. tomarse la vida cotidiana muy en serio; 3. pensar en el habla y el cuerpo.

Palabras clave: cuerpo, lenguaje, psicología social teórica, vida cotidiana.

Abstract

This paper was possible by reading of hundreds of posts in different forums on social psychology in various social networks. There are three topics of discussion: 1. reading social psychology; 2. taking everyday life seriously; 3. thinking about language and body.

Keywords: body, daily life, language, social psychology theory.

Introducción

Antes de entrar en materia valdría la pena hacer algunas aclaraciones con el objetivo de no perder el sentido de este texto. La primera tiene que ver con la forma en que se concibe 'rutina'. La palabra rutina está emparentada con la palabra ruta. Ésta última data de principios del siglo XVIII, viene del francés *route*, 'rota'. Que significa 'camino abierto cor-

¹Doctor en Antropología Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México. **Contacto:** juansotoram@hotmail.com, <http://juansotoram.es.tl/>

tando el bosque'. Rutina, por su parte, que data de principios del siglo XIX, también proviene del francés *routine* y significa 'marcha por un camino conocido'. En cierto sentido rutina puede entenderse, en el mundo contemporáneo, como una costumbre o una manera de hacer algo que se hace de forma mecánica y usual, pero también puede entenderse como algo que debe hacerse de manera repetida para mejorar o adquirir alguna habilidad.

Todos sabemos que existen diferencias sustantivas entre mirar y observar. Y sabemos que la observación requiere de acciones que conduzcan al análisis más detallado y minucioso a diferencia de algo más simple como mirar. La observación requiere, por ejemplo, de ciertas acciones como buscar regularidades o ciertos detalles significativos que nos permitan comprender algunos procesos. Mirar una pintura de Picasso es distinto en todo caso a observarla. Mirar una película de Hitchcock es distinto a observarla. El que mira la pintura de Picasso puede simplemente enfadarse o aburrirse porque no tiene los elementos necesarios para apreciar la técnica y el uso del color, por ejemplo. El que simplemente mira una película de Hitchcock, por ejemplo la excelente cinta de *Psicosis*, termina asustado. Sólo un observador podría reconocer que lo que ocurre en el baño está compuesto de diversas tomas y que hay un uso excelso de la elipsis (donde sólo se sugieren significados). No se muestra ningún cuchillo hundiéndose en la carne ni un pecho al desnudo. Así, la palabra rutina en este ensayo breve debe ser entendida como aquello que tiene que hacerse repetidamente para adquirir una habilidad primero y luego desarrollarla.

La segunda tiene que ver con la vigencia y la 'novedad' de lo que aquí se presenta. Por ello, tendríamos que decir que el presente texto está dirigido, principalmente, a estudiantes en formación en el área de psicología social aunque estas tres recomendaciones bien podrían tomarlas cualquier estudiante de Ciencias Sociales y Humanidades. Y se dice esto porque el lector podría tener la sensación de que lo que se dice aquí, aunque no es 'novedoso', sigue siendo vigente.

Un tanto complicado entender dicha situación, pero vale la advertencia en tanto que para algún psicólogo social 'experto', estas tres recomendaciones podrían parecer insulsas, sobre todo si se adopta la actitud

de que ‘todo está dicho’ o que Platón y Aristóteles ya lo habían dicho tiempo atrás. Aunque es pertinente decir que a los griegos no les ha ido muy bien últimamente.

Cabe señalar que las recomendaciones que aparecen aquí son sólo tres. Pero podrían ser cien o tres punto cinco. No obstante fueron las que se derivaron de la lectura a hurtadillas de diversos foros sobre psicología social; fueron las que se derivaron de esa observación no participante de diversos foros cuyos nombres, títulos, ubicaciones y objetivos no se revelarán aquí para evitar que los administradores de dichos foros de discusión pudieran sentirse aludidos, para bien o para mal, con las ideas que aquí se han escrito. Pero dar con dichos foros es demasiado sencillo, cada universidad, incluida aquella en la que me desempeño profesionalmente, tiene los suyos y es demasiado fácil dar con ellos en cualquier buscador en línea. ¿Por qué no participar en los foros de discusión sobre psicología social que sirvieron de inspiración para escribir estas ideas? Por una sencilla razón, porque la participación implicaba la modificación de las discusiones que los estudiantes sostenían de manera ‘electrónicamente natural’. Quizá ésta sea pues, mi participación en dichos foros o lo que yo hubiera tenido que decir al respecto.

La tercera aclaración tiene que ver con el hecho de que si usted lector busca un ‘desarrollo detallado de cada una de las recomendaciones’ aquí presentes es que no lo va a encontrar. Por una simple razón: *este documento no es un Manual de Psicología Social sino un simple ensayo breve* que pretende llamar la atención sobre tres puntos importantes que se detectaron, como ya se ha mencionado, a partir de la lectura de cientos de mensajes en distintos foros de psicología social *online*. No pretenda el lector tampoco, de ninguna manera, encontrar segmentos de texto de los mismos mensajes pues se debe ser enfático con esta idea, esto es un ensayo, no una típica investigación que recurra al análisis del discurso.

La cuarta aclaración es que para poder ganar mayor especificidad en el manejo de técnicas de investigación es preciso acercarse a los libros de metodologías cualitativas pues en un breve ensayo es un tanto difícil ‘mostrar cómo analizar metáforas’. Por tal motivo sería recomendable para los lectores que, en caso de mostrar un interés más pronunciado sobre alguno de los tópicos que se aborden en este ensayo, se remitan a

la bibliografía o en todo caso escriban un correo electrónico al autor que seguramente y con todo gusto responderá a los mensajes.

La quinta y última aclaración tiene que ver con las notas que se encontrarán a pie de página. Es muy recomendable que el lector vaya a la nota pertinente pues de otro modo podría ser fácil que se extraviase en la lectura. Varias notas que permanecen al final no pudieron incorporarse por razones obvias. Debemos recordar que las notas al final del texto tienen el propósito de hacer aclaraciones sobre el tema que se ha estado discutiendo, pero no pueden quedar dentro del mismo. Aunque esta nota debería ir al pie de página, para clarificar con un ejemplo por qué varias de las notas al pie no podrían incorporarse en el ensayo, se podría decir que en el libro clásico de U. Eco (1977), *¿Cómo se hace una tesis?*, se explica muy bien cómo se usan y para qué sirven las notas al pie de página o al final del texto.

Hechas todas estas aclaraciones con sumo respeto, podríamos decir que hurgar en las redes sociales no siempre es tan improductivo cuando es posible acceder a hurtadillas en distintos foros sobre psicología social animados por pequeños grupos de estudiantes. No sólo son atractivos los títulos de los mismos sino sus contenidos. Uno puede quedarse horas leyendo los cientos de mensajes que hay en ellos y deleitarse con dicha información a la cual, difícilmente y de otro modo, se podría acceder.

En dichos espacios, los estudiantes parecen mostrar una especie de lo que Goffman (1959) denominó *backstage personality* (personalidad trascénica). La personalidad trascénica es la que desarrollan los empleados cuando parodian o se mofan del jefe. Un espacio de discusión libre de los profesores siempre es atractivo pues los temas de discusión que los alumnos eligen está libre de todo carácter autoritario en la organización de la discusión, además de que siempre es bueno saber que existen dichos espacios que son autogestivos, libres de la imposición del currículum universitario. En dichos espacios se deja ver una escritura libre de la vigilancia donde los estudiantes son capaces de mostrar sus ideas libres de censura. En el uno a uno. Al tú por tú. Fue gracias a todos esos cientos de mensajes que este texto fue posible. Sobre todo porque fueron tres puntos los que no dejaron de llamar la atención. El primero tenía que ver con la queja generalizada hacia las lecturas y los textos que les daban a

leer sus profesores y que no parecían tener aplicación o no satisfacían las expectativas de los estudiantes por considerarlos ‘inútiles’. De ahí que el primer apartado de este texto se llame ‘leer psicología social’. Entre los estudiantes de psicología social hay una confusión terrible en tanto que no se logra distinguir a la psicología de la psicología social (muchos siguen pensando que la psicología social es una ‘rama’ de la psicología y desconocen que la psicología, la psicología social y la sociología nacieron casi al mismo tiempo), situación que se hace aún más evidente cuando a los estudiantes de nuevo ingreso se les pregunta ¿por qué decidieron estudiar psicología social? Muchos esperan cursos de psicoanálisis, psicología clínica, aplicación de pruebas psicológicas y demás exotismos que están muy lejos de la psicología social, por ejemplo. El segundo tiene que ver con el hecho de que en las discusiones, el tema de la vida cotidiana brillaba por su ausencia. Muchos hemos asumido que la psicología social no puede prescindir de la vida cotidiana para pensar la realidad social. Postura que está muy lejos de asumir que ‘el experimento’ ocupe un papel privilegiado en la investigación. De ahí que el segundo apartado de este pequeño texto se llame ‘tomarse la vida cotidiana muy en serio’. Algo que parecía ocurrir en las discusiones entre los animados estudiantes, era que no se percataban de la centralidad que el lenguaje ocupaba en sus propias discusiones y se referían a ‘la realidad y sus objetos’ como si fuesen independientes de ellos e incluso tuvieran vida propia. La riqueza de las metáforas que utilizaban para descalificarse o estar de acuerdo entre ellos era más que sorprendente. Sin embargo, una sola discusión de la forma en que se generan las ‘acreditaciones’ o las ‘descalificaciones’ entre ellos o en la vida cotidiana, jamás estuvo presente en tan acaloradas discusiones.

El tercer apartado está relacionado con lo que prevalece en una discusión en un foro sobre temas de psicología social *online*, prevalece el texto, pero no hay referencia al cuerpo. De ahí que el tercer apartado de este escrito se titule ‘pensar en el habla y el cuerpo’. Este ensayo es un texto pensado en los estudiantes de psicología social y para ellos. Y debe decirse que siguiendo esta rutina uno no se va a convertir, instantáneamente, en un buen psicólogo social, pero seguramente podría servir, como decía Brecht (1930) en su famosísima obra de teatro *La excepción y la regla*, para que “bajo lo familiar, descubra lo insólito”. Estas tres ‘rutinas’ son

básicas para desarrollar una psicología social en forma y desarrollar algunas habilidades que dentro de un laboratorio o dentro de un consultorio, jamás se van a adquirir. Y que quede claro, el lector puede haber detectado cien o tres punto cinco rutinas para desarrollar su propia psicología social.

1. Leer Psicología Social

Es cierto: “los profesores, salvo alguna curiosa excepción, llegan a clase (fuera de otra cosa) como si emergieran de la profundidad de los tiempos e imparten contenidos como médiums de alguna revelación casi atemporal” (Verdú, 2005, p. 38). También es cierto que “ningún maestro será capaz de empezar desde atrás sin que los alumnos duerman ininterrumpidamente. O se evadan. O no acudan” (p. 37). Pero también es cierto que uno no puede formarse como psicólogo social haciendo como que los clásicos de la disciplina jamás existieron. Habría algo que aclarar respecto a las últimas dos citas. La psicología social, aunque es muy entretenida para quienes hemos hecho de ella una profesión, digamos que no nació para entretenimiento de nadie. Lo mismo podríamos decir de la sociología o cualquier disciplina afín.

No se puede estudiar psicología social y no saber quién fue Ross, McDougall, Tarde, Wundt, Mead, Goffman, Simmel, Durkheim, Asch, Milgram o Zimbardo. Sólo por mencionar algunos. La formación como psicólogos sociales va más allá de los meros elementos que proporciona la experiencia social de asistir a ella. Es necesario acercarse a los clásicos de la psicología social. Y también es claro que cuando uno se refiere a un clásico de la psicología social no se refiere a Freud que nada tiene que ver con nuestra disciplina con todo y que haya escrito ese librito titulado “El malestar en la cultura” (1929), que tampoco revela nada sobre el pensamiento colectivo o los procesos de interacción social. Muchos estudiantes de psicología social no pueden responder con precisión a preguntas elementales como ¿quién acuñó el concepto de interaccionismo simbólico?, ¿quién fundó la psicología experimental y en qué año?, ¿quién fue el fundador de la etnometodología?, ¿quién fue el fundador de la sociología fenomenológica?, ¿quién escribió el libro titulado “La construcción social de la realidad? O son incapaces de mencionar tres libros de psicología

social que hayan influido en su perspectiva teórica e incluso son incapaces de mencionar, al menos, tres psicólogos sociales que hayan influido en su pensamiento. Y muchos, para justificar su falta de precisión, se interrogan sobre la relevancia de poseer este tipo de conocimientos. Afirman que es inútil.

Hoy en día, para que un trabajo en psicología sea considerado, “moderno” y “científico”, tiene que cumplir con algunas características básicas. Una de ellas es que debe incluir bibliografía actualizada: cada artículo debe hacer referencia a otro conjunto de artículos, publicados hace no más de cinco años, y, preferentemente, en un “journal” (Billig, 1987). Esto, en un sentido amplio y general, se considera como una garantía de que el trabajo presentado pueda considerarse “moderno” y una garantía de que ofrezca una perspectiva actualizada e innovadora de la temática que aborde (por tal motivo quizá este ensayo se podría considerar nada novedoso, pero vigente). Se considera que un buen psicólogo es aquel que está “actualizado”, es decir, aquel que domina un amplio espectro de información en torno a los tópicos que son de su especialidad. Se busca que: “nuestras teorías psicológicas sean construidas con el mayor número de elementos modernos posible” (p. 1). De acuerdo con lo anterior, el acercamiento a las lecturas, por llamarlas de algún modo, “clásicas”, perdería sentido y relevancia, ya que no formarían parte del mundo moderno de la psicología. Veamos un ejemplo. Al psicólogo alemán nacido en 1832, en Neckarau (ahora parte de Mannheim), llamado Wilhelm Wundt, se le atribuye la fundación del primer laboratorio de psicología experimental en 1879 (cuando tenía la edad aproximada de 47 años). La mayor parte de los libros de historia de la psicología, llegan a considerarlo el padre de la psicología experimental. No obstante, cualquier psicólogo social sabe que Wundt no sólo se dedicaba a la psicología experimental y a atender su laboratorio pues entre sus publicaciones (que llegan a más de 500), destaca “Psicología de los pueblos”, la cual se reunió en 10 volúmenes y le llevó cerca de 20 años escribir (1900-1920). Además, al igual que algunos filósofos de la época, escribió tratados de filosofía: “Lógica” (1880), “Ética” (1886) y “Sistema de filosofía” (1920). Los tres tratados de filosofía que Wundt escribió, estuvieron listos antes que el “Tractatus-logicophilosophicus” (1921), de Ludwig Wittgenstein. Pero a Wundt no se le reconoce como filósofo sino como el fundador del primer laborato-

rio de psicología experimental. Wundt, podría ser considerado uno de los pilares de la Psicología Colectiva, por ejemplo, pero, a veces, y por conveniencia, a los psicólogos de corte experimental se les olvida que Wundt, también hacía otro tipo de psicología: más filosófica y menos o nada experimental.

Por su parte William James, el pragmatista más famoso (Collins, 1994; Miller, en James, 1989), también fundó un laboratorio de psicología experimental: se da como fecha oficial del nacimiento de la psicología científica el año de 1879, en que Wundt estableció en la Universidad de Leipzig el primer laboratorio psicológico, si bien tanto él como James tenían laboratorios de demostración desde 1875, lo cual indica que la psicología experimental tuvo un doble nacimiento. A James, a diferencia de Wundt, lo reconocen por otras cosas como por su célebre libro “Principios de psicología” (1890), o por sus contribuciones al pragmatismo: filosofía oriunda de los Estados Unidos de Norteamérica que arraigó en Europa (curiosamente fundada por Ch. S. Peirce y no por el mismo James). Tanto James como Wundt, tuvieron un pasado en común, estudiaron medicina y fisiología, impartieron clases de fisiología, pero son reconocidos como “psicólogos”. Sin embargo, sus obras, no son tomadas en cuenta por muchos psicólogos “modernos”, quienes recurren, como ya se mencionó, a los elementos más recientes posibles para elaborar trabajos de psicología. En más de una ocasión este dato ha causado la controversia necesaria y ha despertado el enojo y la rabia de aquellos a quienes se les ha señalado. Sorprendentemente se han negado a aceptarlo a pesar de que se les ha dado a leer el texto de donde se obtuvo la información.

Todo parece indicar que la revisión de las obras clásicas es lo que más aburre a los estudiantes de psicología social por varias razones. La primera de ellas y la más común es que, generalmente, eligen psicología social pensando que recibirán cursos de psicoanálisis, de psicología clínica, de recursos humanos o de algún exotismo del pensamiento. Y eso sí es aburrido. Cualquier profesor de psicología social experimentado lo sabe. Sólo basta hacer dos sencillas preguntas a sus estudiantes de nuevo ingreso para enterarse que hay terribles confusiones entre lo que es la psicología social y la psicología general o la psicología clínica o el psicoanálisis. Esto queda al descubierto cuando a los estudiantes de nuevo ingre-

so se les pregunta ¿por qué eligió psicología social?, o ¿qué cree que va a aprender en una carrera como psicología social?

La segunda, que está relacionada con la primera, es porque confunden la psicología social con la psicología y a la menor provocación, como si se tratase de un rezo o de una cantaleta, afirman que Freud dijo que ‘toda la psicología es social’. No importa que no hayan leído más que sólo ese pasaje de ese librito titulado “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921). Y así, refugiados en ese barbarismo epistemológico, muchos asumen que si estudian psicología social, deberían acercarse a esas lecturas de forma obligada. Y sí, muchos se acercan a los textos de Freud, por ejemplo, de la misma forma en que los fundamentalistas islámicos se acercan al Corán. La tercera razón es porque están más interesados por aprender a manejar software especializado o determinadas técnicas ya sea de investigación o de manejo de grupos. Hoy en día, todos lo sabemos, los denominados ‘talleres’ están de moda. Y hay ‘talleres’ de todo tipo y con los títulos más absurdos. Lo único que falta en esta extraña forma de hacer psicología social es que se pueda tomar un ‘taller para hacer talleres’ que, seguramente, sería un éxito.

Ya sea por éstas o muchas razones más, la revisión exhaustiva de las obras clásicas de la psicología social y de la comprensión de los fundamentos epistemológicos de la disciplina simplemente no se dan pues muchos profesores cometen los mismos errores que los estudiantes. Muchos profesores de psicología social tampoco podrían responder con precisión las preguntas anteriormente enunciadas y, por increíble que parezca, muchos profesores siguen creyendo que la psicología social es una ‘rama’ de la psicología: “hablar de psicología social nos puede llevar a equívocos. El más común es creer que la psicología social pertenece al campo de la psicología, aunque guarde algunas afinidades con otras ciencias sociales como la sociología. La psicología aparece, de esta manera, como el núcleo desde el que se desprenden, como las capas de una cebolla, diferentes formas adjetivadas de considerar esa matriz central que es la psicología” (Estramiana y Garrido, 2003, p. 45). Por eso parece haber tantas psicologías. “No obstante, esta forma de considerarla ignora el hecho de que la psicología social, desde un punto de vista histórico, nace y se constituye tanto en la psicología como en la sociología” (p. 46). Quienes confunden psicología social con psicología en general, segura-

mente se olvidaron de las obras de Ross (*Social Psychology*) y de Mc Dougall (*Introduction to Social Psychology*). Y por eso querrán ver en los libritos de Freud los orígenes de la psicología social. Sin embargo, tal y como lo remarcó Adorno acertadamente, “Freud creía (y lo creía equivocadamente), que la sociología no era otra cosa más que psicología aplicada a una mayoría de individuos” (p. 45). Por ello quizá a las personas no les extraña escuchar conceptos tan absurdos como *histeria colectiva* o *psicosis generalizada*. Barbarismos muy arraigados en el sentido común del pensamiento contemporáneo. Y para dejar en claro más aún esta situación, podemos decir que: “la psicología social se define más como perspectiva desde la que analizar la vida social que como un conocimiento con un objeto de estudio específico” (p. 47). Y aunque sea obvio para muchos, el comportamiento humano, para ser entendido, no puede aislarse de sus dimensiones sociales, históricas y culturales. Pero, lo más importante, no se consigue una sociedad simplemente juntando personas. Cualquier psicólogo social decente sabe, contrariamente a lo que sostiene la teoría freudiana, que “las experiencias de la primera infancia, lo que define la socialización temprana, no dura para siempre” (Collins, 2005, p. 68). Es decir, no somos autómatas programados al comienzo de nuestras vidas, ejecutando el patrón de comportamiento inculcado en nuestros primeros años de vida. Digámoslo fuerte, infancia no es destino.

Sea por estas confusiones o por muchas otras más, obras clásicas como las de Le Bon, “Psicología de las multitudes” (1895); Wundt, “Elementos de psicología de los pueblos” (1912); McDougall, “Introducción a la Psicología Social” (1908); Ross, “Psicología Social” (1908); e incluso las de Huizinga, “Homo Ludens” (1938); o de Halbwachs, “La memoria colectiva” (1944), pasan desapercibidas para un buen número de psicólogos “modernos”. En esta pequeña lista de grandes obras y grandes antecesores de la psicología social, falta el nombre, sin duda, de W. James, porque “como lo mostrarían Mead y Dewey, la filosofía pragmática de James se prestaba mucho al desarrollo de la psicología social y a teorías de reconstrucción y reformas sociales” (James, 1890, citado por Miller, 1989, p. XX). Y debe recordarse que “Wundt pertenece a la tradición racionalista de Leibniz y que tuvo una influencia filosófica rica: Spinoza, Kant, Hegel, Humboldt y Schopenhauer” (p. XII).

Estos y muchos otros datos, parecen no interesar a los estudiantes de psicología social. Y cuando los profesores obligan a sus estudiantes a acercarse a algunas obras clásicas, no sólo lo hacen en contra de su voluntad y sin entender por qué tienen que revisar dichos materiales sino que de dichas obras revisan sólo capítulos o pequeños fragmentos. Muchos estudiantes sólo leen partes de libros que son como pequeñas piezas de un rompecabezas más grande. Imagine usted qué ocurre si se juntan unas 100 piezas de rompecabezas distintos. Imagine que de un rompecabezas de 1000 piezas, sólo conoce una. O tres punto cinco piezas. Las obras que podrían considerarse “clásicas” de la psicología social parecen ser anacrónicas porque la forma de hacer psicología social “moderna” no considera óptimo el rescate de las “obras clásicas”. Es decir, es una práctica donde la revisión de los clásicos no tiene cabida.

La mayoría de los psicólogos contemporáneos saben, porque se les ha dicho, que antes de 1900 la psicología era una rama de la filosofía. Entender lo que entrañaba esta alianza –entender qué significaba para la psicología que la explicación científica fuera no ya una ambición, sino ni siquiera un criterio– exige una imaginación activa, vivaz. Una actitud conformista hacia la historia ha inducido a los estudiantes de psicología de nuestros días a dar por sentado que los psicólogos anteriores a 1900 eran similares a los psicólogos de hoy en día. (James, 1890, citado por Miller, 1989, p. XI).

Y no es así. La casi totalidad de los psicólogos sociales experimentales de hoy en día no tienen el buen hábito de leer filosofía o psicología social teórica. Se olvidan que los fundadores de la denominada psicología social experimental contaban con una formación filosófica sólida. Hoy en día muchos consideran que la formación filosófica es ‘inútil’.

Debemos reconocer, claro está, que el acercamiento a las “obras clásicas” de la psicología social es el trabajo de un ‘psicólogo anticuario’².

Hoy, los psicólogos jóvenes, son enseñados a considerar la psicología como una disciplina independiente de la filosofía con sus propios

² Para profundizar con mayor detalle en lo que implica ser un “Psicólogo anticuario” puede consultarse el sugerente libro de Billig (1987): “Arguing and Thinking”.

problemas y métodos. Incluso cuando batallan con problemas que también conciernen a los filósofos, los psicólogos trabajan casi siempre solos, al parecer basados en el supuesto de que es posible no hacer caso de los esqueletos a condición de que no abramos el armario (p. XII).

Debe ser por ello que los psicólogos sociales no se interesan no sólo por las obras clásicas de la disciplina sino que tampoco se interesan por otras disciplinas como la filosofía misma, la antropología social, la comunicación social, etc. Algunos estudiantes y profesores consideran, en pleno siglo XXI, una herejía acercarse a la sociología, pero esto debe ser porque la sociología resulta bastante incómoda para quienes parten de una concepción individualista de la psicología social o para quienes confunden la psicología con la psicología social. Para los ‘puristas’ de la psicología social es una herejía revisar las obras de distintos autores que no consideren psicólogos sociales. Lo cual es un error grave pues gracias al acercamiento a otras disciplinas es que los estudiantes pueden generar perspectivas más amplias y comprensivas. Es decir, los estudiantes ‘modernos’ de psicología social no desarrollan un espíritu de anticuarios. Acuden a la biblioteca por obligación y no se sumergen en ella por gusto. En vez de perderse en esos pasillos de estantes atiborrados de libros, parecen sólo tomar el libro que necesitan y salen corriendo.

El psicólogo anticuario es diferente de un historiador de la psicología ya que el psicólogo anticuario se interesa en los aspectos psicológicos, más que en los históricos. El psicólogo anticuario, en vez de acumular datos de manera experimental en un laboratorio, los acumula en los espacios más silenciosos y polvorientos de una biblioteca (Billig, 1987). La “modernización” de la psicología social hace que los psicólogos sociales contemporáneos se olviden del pasado. La falta de un sentido “anticuario” en la psicología, obliga al olvido de que la psicología científica tuvo esqueletos filosóficos en su armario y que la separación de la psicología de la filosofía, “la creación de facultades académicas separadas, de sociedades profesionales propias, así como de publicaciones y libros de texto, no llegó a ser total sino hasta bien entrado ya el siglo XX”(James, 1890, citado por Miller, 1989, p. XII).

No es posible realizar una investigación sobre cualquier temática relevante para la psicología social obviando los antecedentes de las problemáticas que se estudian. Los psicólogos sociales modernos difícilmente se interrogan sobre la naturaleza de los fenómenos que pretenden estudiar. Simplemente lo consideran un ‘hecho objetivo’ en tanto que está ahí. Algo que existe con independencia de ellos mismos. Algo que ‘vive’ en el mundo como cualquier árbol o cualquier polilla revoloteando alrededor de un foco. Aunado a esto, el ‘inventario’ de temas al que los estudiantes de psicología social recurren para hacer sus tesis es bastante limitado y aunque se van incorporando temáticas que se ponen de moda (como la *resiliencia* o el *bullying*), los temas para hacer un trabajo de titulación se reciclan. Temas van y vienen, pero más o menos parecen seguir eligiéndose los mismos: consumo de alcohol, tabaco y drogas; violencia en todas sus modalidades de expresión; relaciones de pareja y todas sus desavenencias; derechos humanos (tan de moda en una sociedad que pretender ser, de forma aparente y ante todo, democrática); expresiones juveniles (moda y manipulación corporal); participación ciudadana, actitudes, movimientos sociales y temas políticos; salud reproductiva y temas afines; género, masculinidad y feminidad; etc. Basta revisar los trabajos terminales de los estudiantes para corroborar tal situación. No se puede construir una psicología social sin acercarse a los clásicos ni mucho menos pretender una psicología social novedosa sin tomar la debida distancia con las temáticas a las cuales se recurre una y otra vez sin capacidad crítica.

2. Tomarse la vida cotidiana muy en serio

Otro de los olvidos comunes entre los psicólogos sociales modernos es la relevancia que tiene la vida cotidiana y la centralidad que tiene el lenguaje en dicho escenario. La vida cotidiana ha pasado a ser uno de los temas de mayor relieve para diversas ciencias, como lo señalan Lehr y Thomae (1991, p. 11):

junto a los empeños históricos por conocer la vida cotidiana en el medievo (Borst, 1983), en los siglos XVI a XVIII (Braudel, 1985; Borschied, 1987) y en el siglo XIX (Teuteberg y otros, 1985; Borschied y otros, 1983; Trunz, 1990), hay también reflexiones y estudios

sociológicos acerca de la vida cotidiana (Habermas, 1981; Brock y otros, 1982; Schaüble, 1989). Por algo también se ha convertido también (sic) la vida cotidiana en tema favorito de la psicología. Sin pretender ser exhaustivos, mencionaremos los trabajos de Dörner (1983), Tomen (1985), Bergold y otros (1987), Antaki (1988), Legewie (1988), Wolf (1988), Weinert (1988), Zuschlag y otros (1988), Salber (1990) y Wahlberg (1990). Entre las ciencias afines, la investigación sobre la comunicación se ocupa también de problemas de la vida cotidiana (Hanke y otros, 1988; Wetherell y otros, 1988). Mencione-mos también que determinados medios se sirven igualmente de descripciones sistemáticas o ensayísticas de la vida cotidiana para esclarecer específicas situaciones existenciales y problemáticas (Ferstl y otros, 1989; Krone-Schmalz, 1990).

Resaltar la importancia de la vida cotidiana implica entender que lo más opuesto a la cotidianidad de una sociedad es el experimento. No hay nada más artificial que un experimento. La psicología social de la vida cotidiana

analiza una determinada porción de vida, limitada por factores sociales, biográficos, ecológicos o biológicos, a fin de registrar las cualidades de la vivencia y de la conducta en la vida cotidiana y se toma en cuenta que no es el acontecimiento particular sino la situación social, física o psíquica determinada por él, con la que tiene que enfrentarse el individuo o grupos, la que determina la cotidianidad en tales porciones de vida, pero como sabemos que el mismo << mundo >> objetivo puede representarse de manera muy diferente, la psicología de la vida cotidiana debe esforzarse por captar las diferentes variantes de los mundos de la cotidianidad más bien que el mundo mismo de la cotidianidad (Lehr y Thomae 1991, pp. 15-16).

Debe tomarse en cuenta que la cotidianidad, a menudo, es vista como algo superficial y trivial, por lo que el estudio de la misma es asociado, comúnmente, a técnicas de investigación, igualmente, superficiales y triviales. Pero el estudio de la cotidianidad, si bien comparte destino con el método biográfico (Lehr y Thomae, 1991), la biografía psicológica es

una síntesis de investigación orientada nomotética e idiográficamente pues

el objetivo idiográfico de una posible descripción global de la conducta humana en su contexto natural debe tener en cuenta en su realización las normas de una investigación de cuño nomotético, con arreglo a las cuales debe garantizarse la posibilidad de generalizar y verificar los hallazgos adquiridos (p. 14).

La investigación cualitativa recurre a una metodología de naturaleza idiográfica y evocativa frente a la nomotética y sistematizadora de los investigadores cuantitativos. Los investigadores cualitativos parten de una visión de la naturaleza humana de carácter voluntarista y autodeterminante frente a la determinista y esencialista de los investigadores cuantitativos. Y algo muy importante, los postulados del positivismo filosófico prevalecen en la metodología cuantitativa mientras que estos mismos postulados de índole epistemológica son puestos en duda por la investigación cualitativa (Ruiz Olabuenaga, 1996, p. 33). Investigación cualitativa e investigación cuantitativa parten de ontologías y epistemologías distintas. Pero, después de todo, parece que no tiene sentido discutir cuál de los métodos es mejor pues su naturaleza y objetivos son distintos. “Distinguir entre métodos cuantitativos y métodos cualitativos reduciendo su diferencia a afirmar que unos utilizan números y los otros palabras es sólo una simplificación parcial” (p. 12). Las aproximaciones cuantitativas y las aproximaciones cualitativas difieren, en realidad, en muchos otros aspectos (la ontología que subyace a ambas, es radicalmente diferente, no se diga su epistemología, lo que puede verse notoriamente en sus enfoques metodológicos). Algunos afirman que “el problema de si usar o no los métodos cualitativos y en qué medida utilizarlos se reduce a una pura cuestión metodológica” (p. 21). Pero la cuestión es más compleja pues las diferencias remiten a la ontología y la epistemología. Los métodos cualitativos permiten captar el significado de las cosas, los conceptos y las metáforas que organizan la experiencia social y el contenido de las experiencias y los contenidos de los significados (Ruiz Olabuenaga, 1996).

El estudio de la cotidianidad y todo lo que sucede ahí, implica el estudio de los significados “locales” (de las ‘microculturas’ de los grupos naturales y de las situaciones sociales), y de los significados “no locales” (los que no se construyen sólo en cada situación sino que pueden ser aprendidos de otros como las formas de relacionarse socialmente, el idioma y la religión, sólo por mencionar algunos), ya que “los significados pueden ser creados, usados, aprendidos y heredados” (p. 32). Y el ámbito en donde confluyen los significados cotidianos, es en la conversación.

Debemos recordar que la palabra conversar viene de la unión de dos raíces latinas, cum que quiere decir “con”, y versare que quiere decir “dar vueltas”, de modo que conversar en su origen significa “dar vueltas con” otro (Maturana, 1988, p. 87). “Una de las técnicas idóneas para captar los significados es la ‘entrevista’ porque comprende un desarrollo de interacción en el que influyen decisivamente las características personales: biológicas, culturales, sociales y conductuales” (Ruiz Olabuenaga, 1996, p. 165). Debe tomarse en cuenta que la conversación o, más bien, las conversaciones, aparecen como un medio ambiente en donde las personas entran en relación con otras personas: el ser humano adquiere su emocio- narse en su vivir congruente con el emocio- narse de los otros seres, humanos o no, con quienes convive (Maturana, 1995).

Se puede considerar que la entrevista es una conversación profesional con una o varias personas para un estudio analítico de investigación y que si bien tiene algo de artificial, las contribuciones de los entrevistados no son artificiales. La entrevista no se reduce al simple hecho de realizar preguntas y esperar respuestas para realizar más preguntas. La entrevista implica siempre un proceso de comunicación en donde entrevistado(s) y entrevistador(es), pueden influirse mutuamente. Si bien se puede partir de un guión de entrevista, lo que se dirá en cada una de ellas será diferente y se podrán tocar temas no previstos por el entrevistador que, a veces, no fueron considerados en el momento de realización del guión de la entrevista y que resultan fundamentales para aquello que se estudia. “La entrevista es una técnica de obtener información mediante una conversación profesional” (Ruiz Olabuenaga, 1996, p. 165). Cuando una entrevista es bien conducida, se transforma, casi, en una conversación

entre iguales ya que en las entrevistas se genera intimidad y familiaridad entre entrevistador y entrevistado. Lo que se rescata de los testimonios obtenidos a través de las entrevistas es el relato de sucesos desde el punto de vista de los “actores”, tratando de comprender más que explicar.

Para lograr un acercamiento al estudio de los significados “locales” y “no locales”, debe recurrirse, por tanto, no al estudio del lenguaje, sino al de los usos sociales del lenguaje (o, en todo caso, a los usos sociales de la lengua), y todos los fenómenos que de ello se desprendan. Debemos decir que tal como lo ha propuesto la sociolingüística, hacemos un uso social del lenguaje y por ello los significados de las palabras no pueden ser entendidos sólo a través de sus significados gramaticales (si se quiere profundizar, tanto en la etnolingüística como en la sociolingüística, se puede revisar la fascinante y maravillosa obra de John Gumperz, 1965). Es preciso entender el contexto social en donde se ponen en juego los significados para poder entender qué se quiere o se quiso decir. Por ejemplo: en algunos lugares de provincia, cuando uno pregunta cómo llegar de un lado a otro, es común que le digan “tiene que seguir 2 calles hacia arriba y luego 3 hacia abajo”, pero cuando uno mira a su alrededor puede constatar que no hay calles que suban ni bajen. Lo que quiere decir que existe un uso social de las dimensiones espaciales “arriba” y “abajo”, y que “arriba” no significa por fuerza “sobre nuestras cabezas”, pero también la utilización de metáforas³ que impregnan la vida cotidiana, “calles que van y vienen”, “calles que se mueven hacia arriba o hacia abajo”, etc.

Una psicología de la vida cotidiana no puede prescindir del estudio de los usos sociales del lenguaje porque es en los fenómenos de lenguaje donde se cristaliza la ideología, las actitudes, las creencias, la pertenencia, etc. “La escuela de Oxford, heredera del pensamiento del segundo Wittgenstein, se centró, por ejemplo, en el análisis del <<lenguaje cotidiano>>, resaltando la extraordinaria importancia que presentan las referencias a las intenciones en la explicación corriente de la conducta” (Ibáñez, 1992, p. 88). Y es aquí donde debe hacerse un apunte: el estudio de los significados locales y no locales no implica remitirse al denomina-

³ El sugerente libro de Lakoff y Jonsón (1980) “Metáforas de la vida cotidiana”, puede servir sólo como punto de partida para introducirse en el insospechado mundo de los fenómenos cotidianos del lenguaje

do análisis del discurso que, en todo caso, es una técnica de investigación muy diferente al análisis conversacional.

Análisis del discurso y análisis conversacional no son la misma cosa. Debemos recordar que entre las décadas de los 60 y los 70, las ciencias sociales se fueron preocupando cada vez más por el estudio de los fenómenos cotidianos del lenguaje. “El análisis de la conversación surgió a mediados de la década de 1960 en el campo de la sociología, con el trabajo de Harvey Sacks y sus colaboradores, como un enfoque hacia el estudio de la organización social de la conducta cotidiana” (Pomerantz y Fehr, 1997, p. 101). “El análisis de contenido se ha desarrollado entre la primera corriente cuantitativa orientada a los Mass Media, creada por Bernard Berelson (1952) y la corriente cualitativa, defendida por Siegfried Kracauer (1953)” (Ruiz Olabuenaga, 1996, p. 194). El origen del análisis de contenido se encuentra ligado con la difusión de la prensa escrita en 1920, pero más tarde fue ampliando sus dominios hasta definirse tres enfoques: el análisis cuantitativo de los Mass Media (prensa diaria), la tradición semiótica y la crítica literaria (orientada al análisis estructural del lenguaje), y el enfoque narrativo, de metodología cualitativa, que analiza el contenido del discurso y se basa en los postulados de la escuela crítica, del posmodernismo y del constructivismo (p. 194). La sociolingüística empezó a manifestarse y a difundirse a finales de los 60 y principios de los 70, intentando establecer correlaciones entre los fenómenos lingüísticos y los sociales. Para la filosofía del lenguaje, de Austin (1962), el análisis y la clarificación del lenguaje común, era el elemento fundamental de la tarea filosófica. La “etnografía del habla”, desarrollada por Hymes (1962), pretendía “examinar el habla en interacción como un sistema de actividad que puede ser objeto de una descripción etnográfica” (Pomerantz y Fehr, 1997, p. 103). El análisis del discurso, por ejemplo, “se nutre de una serie de tradiciones cuya conjunción desdibuja en gran medida la vinculación de este enfoque con la influencia de Wittgenstein” (Ibáñez: 1992, 92-93). Por su parte, “la semiótica, antes centrada en la sintaxis y la semántica, comenzó a prestar atención a los aspectos pragmáticos del lenguaje, Levison (1983)” (Pomerantz y Fehr, 1997, p. 104).

Gracias a lo anterior podemos reconocer que hoy en día contamos con numerosas formas de aproximación y distintos enfoques (a veces yuxtapuestos, a veces encontrados), para el estudio de los fenómenos del lenguaje en los ámbitos formales e informales. Pero hay que tomar algo en cuenta y es que el quehacer de algunas aproximaciones al estudio de los fenómenos del lenguaje, se pueden clasificar por lo que hacen con dichos fenómenos del lenguaje. El primer conjunto enfoques y aproximaciones a los fenómenos del lenguaje se centra en el *¿qué se dice?* El segundo grupo se centra en el *¿cómo se dice?* El tercer grupo se centra en el *¿para qué se dice?* Y el cuarto grupo se preocupa más por la cuestión de analizar *¿dónde y cuándo se dice?* Sin embargo, aunque podamos hablar de estos cuatro grandes grupos de enfoques y aproximaciones al estudio del lenguaje, podemos reconocer que a nivel de la vida cotidiana el *qué* no se presenta separado del *cómo*, del *para qué* y del *dónde* y *cuándo*. En las dimensiones de la vida cotidiana (sea en los planos formales e informales), aparecen entremezclados, yuxtapuestos y engarzados de múltiples maneras complejas. Retomar la vida cotidiana como escenario natural de las interacciones hasta los procesos colectivos y otorgarle la debida centralidad al lenguaje en los procesos de la construcción de la subjetividad social (y, por ende de la subjetividad individual), es esencial para construir una psicología social distante de los determinismos de la psicología social experimental.

3. Pensar en el habla y el cuerpo

Podemos agregar que los enfoques y aproximaciones al estudio de las formas sociales del lenguaje suelen olvidarse del cuerpo y suelen centrarse sólo en el análisis de los textos. Suelen olvidarse de lo que la gente hace mientras habla⁴. Afirmar que la gente hace algo mientras habla, es

⁴ Para constatar este hecho, en el área de la psicología social, se pueden revisar los trabajos de Potter (1996); Edwards y Potter (1992); Stearns (1995); Much y Mahaparta (1995); Edwards y Potter (1993); Harré (1995); Carbaugh (1995); Erneling (1995); Egerton (1995); Calvert (1995); Middleton y Edwards (1990); Radley (1990); Billig (1990); Schwartz (1990); Schudson (1990); Shotter (1990); Engeström, Brown, Engeström y Kolstein (1990); Orr (1990); Padden (1990); Bakhurst (1990); y Condor y Antaki (1997). En otras áreas relacionadas como la Psicología, la Lingüística, la Sociología, las Ciencias de la Comunicación, la Semiótica y las Letras, entre otras, se pueden revisar los trabajos de: VanDijk

aceptar la idea de que el cuerpo es como el ‘pariente pobre’ de la lengua, es decir, que los gestos acompañan al lenguaje, que lo adornan. Y debemos corregir, la gestualidad no es un suplemento del habla, por ejemplo, sino que habla y gestualidad corporal son sistemas simbólicos diferenciados aunque se relacionan de manera compleja, influyéndose mutuamente. Así como no gesticulamos con las palabras, tampoco hablamos con el cuerpo. Texto y cuerpo se relacionan, sí, pero al ser sistemas simbólicos aparte, requieren de formas distintas de análisis. No hablamos con el cuerpo, idea que está muy difundida también en el pensamiento contemporáneo, no existe un ‘lenguaje corporal’ aunque los psicólogos insistan en montar cursos, ‘talleres’ y escribir libros en los que pretenden enseñar a los incautos a encontrar esas imaginarias claves de desciframiento de lo que supuestamente se ‘dice’ con el cuerpo.

Por ejemplo, el software super especializado para el análisis de textos⁵ que está tan de moda hoy en día, no toma en cuenta al cuerpo por

(1997); Blum-Kulka (1997); Pomerantz y Fehr (1997); Drew y Sorjonen (1997); West, Lazar y Kramarae (1997); VanDijk, Ting-Toomey, Smitherman y Troutman (1997); Mumby y Clair (1997); Chilton y Schäffner (1997); Goddard y Wierzbicka (1997); Fairclough y Wodak (1997); Gunnarsson (1997); de Beaugrande (1997); Tomlin, Forrest, Ming Pu y Hee Kim (1997); Cumming y Ono (1997); Sanding y Selting (1997); Gill y Whedbee (1997); Ochs (1997); VanEmeren, Grootendorst, Jackson y Jacobs (1997); Martin y Eggins (1997); Kress, Leite-Garcia y van Leeuwen (1997); y Graesser, Gernsbacher y Goldman (1997), sólo por mencionar unos cuantos ejemplos.

⁵ Se supone que fue en Harvard (1966), cuando se inició el trabajo relacionado con el análisis de contenido por a vía automatizada (Mochmann, 1985). Fue en aquel entonces que apareció la primera versión operativa denominada General Inquierer, desarrollada por Stone y asociados, sin embargo existen otros desarrollos posteriores: EVA, SPENCE, COFTA, COTAG, TEXTPACK, TALLY, ganaron alguna suerte de importancia como procedimientos de clasificación empírica. Desde la perspectiva automatizada se utilizan algunos criterios para considerar el éxito de la operación: validez aparente (facevalidity), validez concurrente (concurrentvalidity), y la validez de predicción (predivtivevalidity). Cabe mencionar que algunas ideas relativas a las redes semánticas (semantic nets) guiaron el diseño del sistema de análisis de contenido QUESTER. Vale decir que el GENERAL INQUIERER desarrolló los principios del enfoque de diccionario. Sistemas posteriores, como EVA, TEXT, TEXTPACK y SPENCE siguen esta idea. Mientras que la intención del GENERAL INQUIERER era ofrecer un instrumento general de análisis de contenido los nuevos desarrollos se

ejemplo, lo desplaza o, en todo caso, lo relega a un segundo plano. Le otorga una especie de supremacía al texto. Asumiendo, queriéndolo o no, que el cuerpo es el pariente pobre de la lengua.

Es cierto, el lenguaje verbal (y esto no quiere decir que existan muchos tipos de lenguaje, para aclarar una idea sobre esto es recomendable leer a Le Breton (1990), aunque su obra es amplia, basta con entender una idea y es que hablar de lenguaje corporal es un error pues se trata de un sistema simbólico diferente que el lenguaje, no hay una gramática corporal como se ha supuesto por muchos años), nos permite construir y reconstruir nuestras experiencias de índole cotidiana, nos permite referirnos a nuestros estados emocionales o compartir nuestras ideas con las personas con las que hablamos. Sea en los planos formales o informales

iniciaron por problemas especiales. EVA se desarrolló (en Hamburgo) para el análisis de los titulares de los diarios, ANACONDA (en Malmö) y TEXTPACK (en Colombia y ahora en Manheim) para la codificación de las preguntas abiertas de los cuestionarios, TEXT (en Oslo) para las aplicaciones de recuperación y SPENCE (en Nueva York) para el análisis de los protocolos en las entrevistas psiquiátricas. En la medida en que estaban orientados para objetivos especiales desarrollaron más unas características mientras que dejaron de lado otras que son necesarias para aplicaciones de tipo general. TEXTPACK ofrece un juego de rutinas para la comparación de diccionarios, corrección y selección de textos relativos a preguntas particulares, EVA estaba dirigido a conseguir nuevos desarrollos para el análisis semántico de los titulares. Ambos sistemas ofrecen buenas intercomunicaciones con los paquetes de análisis estadístico. COCOA fue escrito originalmente para análisis lingüístico, pero es atractivo para enseñar procedimientos elementales de análisis de contenido. De forma paralela a los enfoques de diccionario se desarrollaron los enfoques empíricos que evitan la categorización a priori. Los diccionarios a priori se derivan o están orientados por teorías y reflejan intenciones particulares de la investigación. Los enfoques empíricos suponen neutralidad en relación a este aspecto. Los procedimientos empíricos se análisis de contenido se apoyan en los trabajos previos de Luhn(1958). Al comienzo de la década de los cincuenta utilizó frecuencias de palabras para generar automáticamente abstractos de los documentos. Por último se puede mencionar que todos los métodos discutidos hasta ahora operan tomando como unidad la palabra, sin apenas hacer caso del contexto. Sobre esta situación tuvo lugar la aparición del sistema QUESTER, desarrollado por Cleveland, Mc Tavish y Pirro (1974). Puesto que el contenido de la comunicación está en cambio permanentemente, un modelo de comunicación que intente analizar el proceso de la comunicación debería ser dinámico al tiempo que prestara atención al contexto. Actualmente ATLAS.ti, NUD*IST, NVivo y MAXqda, ofrecen posibilidades de codificación y de operación mucho más complejas que todos los sistemas anteriores para el análisis de textos.

de las relaciones sociales. Cuando hablamos, hacemos cosas con palabras, (Austin, 1962), podemos considerar que el lenguaje es un medio de acción (Potter, 1996). Mediante nuestras expresiones lingüísticas podemos hacer cosas o afirmar cosas. Veamos. Existen expresiones que no describen o registran nada y no son verdaderas ni falsas. Aquí, el acto de expresar la oración es, en sí, realizar una acción: “Te lo prometo” (que te llamaré por teléfono al llegar a casa). Esta expresión no describe ni hace aquello que enuncia, tampoco es verdadera o falsa. En la expresión “Te lo prometo”, no se está informando nada acerca de la promesa sino que se está haciendo la promesa. Se trata de una expresión realizativa. “Emitir la expresión es realizar una acción” (Austin, 1962, p. 47). Existen afirmaciones, por lo tanto, que no son verdaderas ni falsas, sino que simplemente ‘hacen cosas’. Una promesa no es verdadera ni falsa. El enunciado ‘Jorge corre todas las mañanas en el parque’ es algo que se puede ‘constatar’, por lo que el enunciado puede adquirir un valor de verdad. Una promesa tiene un carácter distinto. Prometer algo implica adoptar una actitud y se deben mostrar signos visibles de nuestra sinceridad, pero ninguna de estas cosas garantiza que la promesa pueda ser cumplida, de tal forma que lo que se convierte en verdadero o falso es el cumplimiento de la promesa y no la expresión en sí. Así, a la doctrina de las cosas que pueden andar mal y salir mal se le llama la doctrina de los Infortunios (Austin, 1962). Es decir, las promesas, cuando tienen un buen desenlace son, digamos, afortunadas. Cuando no, caen en el infortunio, pero las promesas en sí mismas, no son verdaderas ni falsas. Es decir, las expresiones constatativas pueden ser verdaderas o falsas (Austin, 1962), pero sólo bajo ciertas condiciones. Decir “estoy escribiendo un libro” se puede constatar, al igual que la expresión “estoy corriendo”; pero en cierto sentido estas expresiones, denominadas constatativas, incluyen apreciaciones o puntos de vista sobre la realidad y los sucesos que en ella aparecen. Decir que “la manzana está sobre la mesa”, implica creerlo y estar convencido de ello, pero esta expresión puede ser sustituida por la de “la manzana está en medio de la mesa”. En ambos casos, el estado de posición de la manzana se puede constatar, lo que hace que ambas expresiones sean constatativas, pero ambas son dos apreciaciones distintas sobre el estado de posición de la manzana. Si se puede constatar que ambas sean verda-

deras, ¿cuál es más verdadera?, es decir, ¿a cuál debemos adjudicar el carácter objetivo de la descripción? Es ahí donde entramos en complicaciones porque podemos ver que aunque hagamos cosas cuando hablamos, nuestras expresiones aluden a una forma particular de decir qué es lo que sucede en la realidad. No es lo mismo que yo diga: “Nepomuceno tuvo un accidente” a que yo diga “Nepomuceno chocó”, “Nepomuceno se estrelló” o “Nepomuceno tuvo un percance”. En cada una de esas expresiones hay distintas formas de construir el acontecimiento: “los acontecimientos sociales no son objetos que se encuentran ya hechos en alguna parte de la realidad” (Verón, 1981, p. 11). Nuestro modo de describir las cosas que nos pasan tiene que ver con nuestras historias personales, nuestros grupos sociales y nuestras formas de vivir y experimentar el mundo. No estamos alejados de aquello que decimos. Lo que tomamos como descripciones o informes “objetivos” de los sucesos cotidianos, en realidad son “informes”. De alguna manera “editamos” nuestras experiencias para nuestros interlocutores. Nuestras descripciones de los sucesos cotidianos están, por decirlo de alguna manera, “manipuladas” (de manera intencional o no intencional), por nosotros mismos e incluso se encuentran “moldeadas” por la cultura y las normas sociales de los grupos a los que pertenecemos. Cuando hablamos, nos encontramos en un marco conceptual (marco y escena; participantes; objetivos; secuencia de actos; tono; instrumentos; normas de interacción e interpretación; género), por lo que no basta con el conocimiento gramatical sino saber cómo hablar, es decir, cómo, cuándo, dónde, con quién y para qué utilizar determinadas expresiones (Goddard y Wierzbicka, 1997, p. 331). La interjección “ajá”, por ejemplo, puede denotar desaprobación, aprobación, incredulidad, complicidad, etc. Para utilizarla, debo tener una dosis de conocimiento cultural sobre cuáles son las situaciones, los objetivos y las condiciones sobre su uso. Aprendemos a utilizar socialmente el lenguaje en la medida en que aprendemos a manipular sus formas o dimensiones expresivas. Incluso, el significado cultural de la interjección “ajá”, varía si yo alargo el sonido de la segunda “a”, sobre todo si agrego ciertos movimientos de cabeza hacia arriba y hacia abajo y extendiendo un brazo hacia delante, mientras agito ligeramente mi mano, también hacia arriba y hacia abajo. Las personas construyen su mundo mediante el habla y los textos y hacen cosas con esas construcciones (Potter, 1996).

Es en nuestras expresiones lingüísticas que se pone de manifiesto la forma en que experimentamos y concebimos nuestros acontecimientos cotidianos, es decir, las cosas que nos pasan; es en los encuentros relacionales momentáneos que ocurren a los individuos en sus intercambios dialógicos donde está lo importante para nuestros estudios. Y, lo ocurrido ahí tiene que ser visto, no en términos de fotografías o representaciones de que ‘algo es cierto’, sino en términos de las diferentes posibles relaciones que puede tener, los diferentes roles que pudiera jugar en los individuos para el resto de sus vidas – una comprensión más relacional más que representacional (Shotter, 1997). Es en el lenguaje donde las personas construyen la percepción que tienen del mundo. Y de acuerdo con esa percepción que tienen del mundo, se refieren a él y utilizan diferentes metáforas. La metáfora, es algo más que un mero rasgo del lenguaje, “impregna la vida cotidiana, el pensamiento y la acción” (Lakoff y Johnson, 1980, p. 39). Las metáforas nos ayudan a organizar nuestras experiencias en el tiempo y en el espacio. Definen, orientacionalmente, nuestras experiencias con relación a determinados referentes como el arriba-abajo, izquierda-derecha, delante-detrás. Nos ayudan a describir situaciones o estados de ánimo para los cuales no existen términos precisos. Se pueden sentir “mariposas en el estómago” o que “las manos hormiguean” o se “adormecen”. Se pretendiéramos entender nuestras expresiones de manera literal sería fácil “irnos de cabeza” porque descubriríamos que la vida cotidiana, el pensamiento y la acción están plagados de metáforas. Las metáforas nos permiten organizar nuestra experiencia en el espacio: “calles que suben”, “calles que bajan”; pero también definir la sustancialidad de las cosas que hay en el espacio: “ropa de vestir”, “vestido de noche”, “raqueta de tenis”, etc.; así como el movimiento de las cosas a las que nos referimos: “me acaba de llegar la inspiración”, “la inspiración se me fue en este momento” o “lo tenía en la punta de la lengua”. Los ejemplos son muchos, uno puede hurgar en cualquier ámbito de la vida cotidiana (desde el más formal al más informal), y podrá darse cuenta de la cantidad de metáforas que utilizamos para describir estados de ánimo, situaciones, procesos, fenómenos, etc. Pero, sobre todo, podrá darse cuenta que las metáforas organizan nuestra experiencia en el tiempo y en el espacio. Quedan en el punto de indeterminación

que se halla justamente entre las palabras y las imágenes. Las metáforas son eso: una extraña combinación entre imágenes y palabras. El análisis de las metáforas que se utilizan en el habla cotidiana nos permitirá entender las distintas formas en que los significados sociales se producen y reproducen. Así como permitirán entender las diferencias culturales que hay entre los diversos grupos sociales y las distintas sociedades. Cuando cambia el habla y sus metáforas, la sociedad ya cambió. Sea hacia afuera o hacia adentro.

Muchas de nuestras acciones dependen de la forma en cómo construimos discursivamente nuestras experiencias sociales en nuestro mundo de habla a nivel cotidiano. La hipótesis Sapir-Whorf, de que la percepción que las personas tienen del mundo está determinada por el lenguaje que utilizan, es de sobra conocida por los estudiosos del lenguaje: “Whorf trabajó para una compañía que evaluaba los riesgos de los seguros y utilizó su trabajo para ilustrar esta hipótesis. Dio el ejemplo de los empleados de una firma que habían descrito unos bidones de gasolina como <<vacíos>> y, en consecuencia, seguros; sin embargo, en realidad los bidones estaban llenos de vapor muy inflamable que había estallado e iniciado un incendio. Sólo con que hubieran descrito los bidones como <<llenos>> (de vapores peligrosos) habrían visto lo peligrosos que eran y los hubieran tratado con más cuidado” (Potter, 1996, p. 132-133). Incluso hay quienes sostienen que el género se realiza en el discurso y que “lo que consideramos comportamiento ‘masculino’ o ‘femenino’ no está regido por la biología sino que se construye socialmente, y un ámbito fundamental en el que se construye el género es el uso del lenguaje” (West, Lazar y Kramarae, 1997, p. 180).

Esto que quiere decir que utilizamos una especie de anteojos lingüísticos (Potter, 1996), para “ver” el mundo en el que vivimos. Si vemos el mundo de manera distinta es porque lo vivimos, también, de manera distinta. Podemos compartir nuestras vivencias en la medida en que podemos construir significados de manera colectiva. El conocimiento de posibilidades por parte del oyente es su conocimiento del lenguaje y de los contextos en que se usa. Si sólo hay una posibilidad, lo probable es que el aparato receptor se precipite y anticipe el resultado basándose en lo que James llamó la más leve <<insinuación auditoria>>. Es preciso reconocer que no recibimos mensaje alguno, en el sentido estricto de la

palabra, cuando un amigo entra en la estancia y dice <<buenos días>> (Gombrich, 1998). Sucede que cuando hablamos, muchas veces nuestros interlocutores completan las frases que aún no completamos, “nos arrebatan las palabras”. No es que sean unos adivinos del pensamiento, es simplemente que de acuerdo con lo que vamos diciendo, vamos definiendo un universo cada vez más restringido de nuestra experiencia que llega un punto en el que es demasiado sencillo “deducir” (no adivinar), lo que vamos a decir o escuchar.

Si una persona le dice a otra “buenos días”, queriéndolo o no, ha restringido el universo de su experiencia y el otro ha quedado inserto en el universo de la experiencia de quien ha dicho “buenos días”. El interlocutor tendría la posibilidad de no responder al saludo, pero socialmente podría ser considerado como una persona “descortés” o “mal educada”, por lo que, de alguna manera, “se ve obligado” a responder con otro: “buenos días” (en este caso, si es sincero o no, si se produce un infortunio o no, no tiene mucho sentido pues sólo se quiere ejemplificar que muchas veces vamos cercando a nuestros interlocutores para que nos digan lo que queremos escuchar). Si nuestra pareja nos llama por teléfono y nos dice “sólo llamé para decirte que te amo”, seguramente no esperará que le digamos “ah, qué bueno, me da mucho gusto” o no podemos responder cosas como “¿no puedes emplear tu boca en decir otras cosas que no sean tonterías?”. Es común que frente a un “te amo”, aparezca un “yo también”, como si todo formara parte de un guión inscrito en la cultura. No es una regla, pero a un saludo le corresponde otro saludo, a un insulto, otro insulto, a un cumplido, un agradecimiento, y así sucesivamente. Existen, por decirlo de alguna manera, ‘cadenas de significados’ inscritos en la cultura y, obviamente, en la subjetividad de la gente. “Cuando las personas recuerdan cosas en conjunto, intentando comparar y contrastar explicaciones diferentes, construir y defender versiones plausibles o criticar o poner en duda su exactitud, articulan las bases y los criterios por los que se recuerdan dichas cosas” (Middleton y Edwards, 1990, p. 45).

Es importante hacer mención que los enfoques denominados “mentalistas”, del estudio del lenguaje, “suelen estar asociados con la investigación de laboratorio y la que se realiza mediante cuestionarios; interpretan las respuestas verbales de los sujetos a las preguntas de los investiga-

dores como informes de procesos mentales internos” (Condor y Antaki, 1997, p. 454), pero existen otros enfoques interesados en “la construcción social de la cognición que interpretan el discurso de las personas como acciones públicas que pueden desempeñar una cantidad de funciones sociales” (p. 454). Es claro que ocuparse de *qué* dicen las personas (entrevistadas), frente a determinadas preguntas, siempre nos remite a exaltar esa parte autobiográfica de las personas, por lo que adoptar una aproximación interpretativa es imprescindible. Una de las diferencias entre los enfoques “mentalistas” y los centrados en las “construcciones sociales” es la forma en que dan tratamiento a los datos. Los primeros están más centrados sobre el *qué* y los otros más centrados sobre el *qué* y el *cómo*. Es pertinente señalar que la psicología clínica y el psicoanálisis se ocupan del *por qué* y del *para qué*, pero básicamente se ocupan del *por qué*.

A manera de epílogo

Sólo como un pequeño epílogo se podría agregar que:

1. El acercamiento a los clásicos es imprescindible para cualquier psicólogo social. No puede construirse una psicología social sin entender que la disciplina no es una ‘rama’ de la psicología y que la psicología social, la sociología y la psicología nacieron casi al mismo tiempo.

2. El escenario ‘natural’ y por excelencia de la psicología social es la vida cotidiana y no las situaciones artificiales del laboratorio. Y que el lenguaje ocupa una centralidad indiscutible en la ‘construcción social de la realidad’. Es la conversación y el habla cotidianas en donde se pueden identificar las peculiaridades de cada sociedad y cada cultura a partir de los usos sociales del lenguaje.

3. No puede prescindirse del entendimiento de la relación entre habla cotidiana y el cuerpo para hacer psicología social. De otro modo y al otorgarle una supremacía al lenguaje por encima de la corporalidad, se terminará por considerar que la realidad es sólo textual y que las personas no utilizan su cuerpo cuando hablan.

Estas tres rutinas básicas, que sólo con fines analíticos se separaron, son necesarias para construir una psicología social en forma.

Referencias

- Álvaro Estramiana, J. L. (2003). *Fundamentos sociales del comportamiento humano*. Barcelona: UOC.
- Austin, J. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Billig, M. (1987). *Arguing and thinking*. Cambridge: University Press.
- Collins, R. (1994). *Cuatro Tradiciones Sociológicas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Collins, R. (2005). *Cadenas de Rituales de Interacción*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Nacional de Colombia, Anthropolos.
- Eco, U. (1977). *¿Cómo se hace una tesis?* Barcelona: Gedisa.
- Gombrich, E.H. (1998). *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Debate: Madrid.
- Gumperz, J. (1965). On the Sociolinguistic Study of Non-standard English. In: R. Shuy (ed.), *Proceedings of the Conference on Non-standard English*. A.C.T.E., Illinois Institute of Technology.
- Halbwachs, M. (1944). *La mémoire collective*. París: Presses Universitaires de France.
- Huizinga, J. (1938). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza.
- Ibáñez, T. (1992). *Psicología Social Construccionalista*. México: Universidad de Guadalajara.
- Lakoff, G y Jonson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Le Bon, G. (1895). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.
- Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lehr, U.M. y Thomae, H. (1991). *La vida cotidiana*. Barcelona: Herder.
- Maturana, H. (1988). *Desde la biología a la psicología*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- McDougall, W. (1908). *Introduction to social psychology*. London: Methuen.
- Middleton, D y Edwards, D (comps.) (1990). *Memoria compartida*. Barcelona: Paidós.
- Miller, G.A. (1989). Introducción. En W. James, *Principios de Psicología*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Mochmann, E. (1985). Análisis de contenido mediante ordenador aplicado a las ciencias sociales. *Revista Internacional de Sociología*, 43, 11-44.
- Potter, J. (1996). *La representación de la realidad*. Barcelona: Paidós.
- Ross, E. A. (1908). *Social Psychology: an outline and a source book*. Nueva York: McMillian.
- Ruiz Olabuenaga, I. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Deusto.
- Shotter, J. (1997). The social construction of our 'inner' lives. *Journal of Constructivist Psychology*, 10, 7-24.
- Van Dijk, T.A. (1997). *El discurso como interacción social*. (Tomos I y II), Barcelona: Gedisa.
- Verdú, V. (2005). *Yo y tú, objetos de lujo*. Barcelona: Debate.
- Verón, E. (1981). *Construir el acontecimiento*. Barcelona: Gedisa.
- Wundt, W. (1912). *Elementos de Psicología de los Pueblos*. Barcelona: Alta Fulla.

Recibido: 15 de diciembre de 2011.

Soto Ramírez

Aceptado: 25 de marzo de 2012